

CAPITULO IV.

Un hombre de mal humor.



o tenía más que un vicio el viejo Meliton. Todas las tardes, despues de desempeñar sus faenas, dedicaba una gran parte de tiempo á saborear el zumo de las viñas, y al anocheecer solia ponerse como una cuba.

No era esto un obstáculo para que al oir el toque de oraciones fuese á la Iglesia á rezar, y se estuviese allí despues durmiendo hasta que el sacristan ó los monaguillos le echaban.

A los dos dias de la llegada á Medellin del tio Picos-Pardos y Anton Perez, se encontró el primero á Meliton.

Saludóle con cortesía; pero el viejo le respondió de mala gana.

—¿Qué es eso, compadre? preguntó el tio Picos-Pardos. ¿Estamos de mal humor?

—Estoy que trino.

—¿Pues qué pasa?

—Si no tuviera uno tanta ley á los amos.

—Te han regañado?

—Reñir. Buenos están ellos para reñir. Cuando los amos no tienen dinero, no riñen; pero hacen una cosa que es peor: no pagan la soldada á los criados, y cuando uno no tiene una blanca, no puede empinar el codo.

—¿Te burlas de mí?

—No, hombre. Ya sé que eres un santo, y aunque te veo

tan mohino, no me olvido de que eres un alegre cuando llega la ocasion.

—Bebo algo, ya se vé que sí; pero es porque á mi edad está flojo el estómago y hay que darle fuerza.

—¿Y hoy no has bebido?

—Hoy no; en casa no lo gastan los amos, y á mí se me ha acabado mi repnesto. He pedido algo á cuenta de lo mucho que me deben para comprar una azumbre siquiera á la tia Fibas, y me han contestado con él: "Perdone su merced por Dios." No sé cómo lo sufro.

El tio Picos-Pardos se sonrió.

Despues, dándole un golpe en el hombro:

—En los buenos tiempos, bien os cuidabais, le dijo.

—Sí; pero de lo bueno se olvida uno pronto cuando está en lo malo.

—¡Válgame Dios! ¿Quién habia de decir á don Martin Cortés que se veria reducido á tanta pobreza? Bien podia el rey darle algo, porque al fin y al cabo, su hijo está sirviéndole.

—Ya le ha hecho un memorial.

—¿Sí?

—Vaya; con letra muy pulida, y muy parlado.

—¿Y lo ha enviado al rey?

—Hace ya tiempo.

—¿Le habrá dado respuesta?

—Sí; la callada.

—¿Qué me cuentas?

—Los reyes no se acuerdan para nada de sus vasallos, sobre todo cuando éstos no pueden servirle. Así es que don Martin está que trina, y doña Catalina su mujer. . . . no hay quien pueda sufrirla.

—Vaya, hombre, vente conmigo á casa, que yo siempre tengo un poco de añejo para los amigos.

—No quiero que digas que te desprecio. Vamos allá.
Los dos se encaminaron á casa del tío Picos-Pardos.
Este hizo un guiño á Anton Perez, como diciéndole:
—«Este es Meliton, el criado de don Martin. Puedes su merced explorarle á sus anchas.»

El primer saludo que hizo Meliton al paje del arzobispo de Búrgos fué muy poco expresivo.

Necesitaba echar un trago para ser tratable.

Apénas empinó el jarro, como si hubiera conocido que habia faltado á la cortesía con el huésped de su amigo:

—¿Su merced es el clérigo que ha venido à esta villa con el tío Picos-Pardos? le preguntó.

—Para lo que gustéis mandar.

—Por muchos años. Por ahí dicen que habeis venido á respirar estos aires para ponerlos bueno....

No teneis mala cara, sin embargo....

Algo endeblillo el cuerpo.... pero ya os repondreis.

Esta es tierra de muchos viejos, y en donde hay viejos hay salud.

—Traigo el encargo de hacer una visita à vuestros amos, pero dicho sea acá para entre los dos, os agradeceria que con toda lealtad me informaseis ántes acerca de su carácter, para saber si mi presencia les molestará ó no.

—Si no quiere su merced aburrirse, no vaya á verlos.

—¿Por qué?

—Porque dicen que en donde no hay harina todo es mohina, y los pobres viejos viven á la cuarta pregunta; con que no le quiero decir nada á vuesa merced.

—¿Es extraño eso! ¿No son los padres del ilustre caudillo que está en las Indias?

—Sí; pero el hijo es un desgraciado como todos.

Por allí andará triunfando, sin acordarse de mandar un mal ducado á sus padres.

La hacienda apénas da para mal comer á mis amos.

Se pasan unos dias y unas noches, que como esto dure, van á matarme á pesadumbres.

—¡Ved lo que son las cosas! dijo Anton Perez. Yo me los figuraba tan dichosos; porque si no estoy mal informado, tiene en su compañía à la esposa de su hijo y á un nieto.

—En mal hora vinieron.

—¿No se llevan bien?

—No lo digo por eso, sino porque aunque dicen que donde comen dos comen tres, eso, en primer lugar, es una mentira, y aun cuando no lo fuese, donde comen dos no pueden comer cuatro á gusto.

—¿Es decir, que es gravosa á los padres de su marido?

—Si no fuera por ella, lo que es para comer nosotros no nos faltaria.

—Pero los padres de Hernan Cortés, repuso el clérigo, darán por bien empleado el sacrificio que hacen.

Al fin y al cabo, un nieto para unos viejos es siempre un motivo de alegría.

—¡Bah! No lo crea vuesa merced.

El chico está siempre enfermizo. El y su madre se pasan todo el dia en su cuarto, y aunque todos se quieren bien, hay un no se qué.... Vamos, que no hay alegría en la casa.

—¿Y es jóven la esposa?

—Jóven y guapa; pero más orgullosa que don Rodrigo.

—¡Hola, hola! ¿Con que es orgullosa?

—Siempre está tan estirada, tan.... Cualquiera diria que consideraba como una reina á los vasallos á todos los que la rodean.

—¿Y vos, señor Meliton, dijo Anton Perez, estimais á vuestros amos?

—¿Por qué no he de decirlo? Les tengo ley. ¡Hace ya tantos años que estoy con ellos!....

—En ese caso, voy á revelaros un secreto que os complacerá.
—¡Calle! ¿Secreticos tenemos? dijo el tío Meliton, apurando un vaso de vino.

—Hace poco, repuso Anton Perez, habeis calumniado al hijo de vuestros amos.

—¿A Hernan?

—Sí por cierto.

—¿Qué quiere decir su merced?

—Pues lo que es las muestras....

—Prometedme no revelar á nadie lo que vais á oír, y os diré mi secreto.

—Vaya, ya he entrado en ganas. Desembuche su merced.

—Hernan Cortés, prosiguió Perez, no se olvida de sus padres, y tanto es así, que les ha enviado algunos recursos con soldados de los que estaban á sus órdenes en las Indias, y que ha regresado á España.

—Así será; pero lo que es por aquí no hemos visto un mal maravedí.

—¿Quién se fia de soldados?

—Poco á poco; no calumnies á los hombres de bien.

Ese soldado llegó á Sevilla, y allí cayó enfermo.

La casualidad me puso á su lado, y comprendiendo el pobre que por su mal estado de salud no podría desempeñar la mision que le habia confiado su capitan, me encargó á mí que trajese el dinero.

—¿Será posible? exclamó Meliton, frotándose las manos. ¿Con que vos traeis monedas?

—Traigo una cantidad corta; pero bastante para que puedan salir de apuros vuestros amos.

—¿Y es para ellos el dinero?

—El soldado así me lo ha dicho, y por cierto que me extraña mucho, porque al fin y al cabo algo debía enviar á su esposa.

Esto me ha hecho pensar si existirá en este matrimonio algun pesar oculto.

—Tambien yo me lo he maliciado.

—Pues bien; no digais nada, que yo iré lo más pronto posible á saludar á vuestros amos y á cumplir el encargo que me han dado para ellos.

Pero al mismo tiempo, seria bueno saber si existe algo, en efecto, entre Hernan Cortés y su esposa, porque si existe, no es justo que sea gravosa á sus padres.

—Eso digo yo.

—Pues nada, nada; vos me facilitareis los medios de que yo pueda hablar con ella, de que yo la conozca.

Mi estado no me hace sospechoso, y por otra parte, como solo trato de hacer una obra buena....

—Cuenta su merced conmigo para todo.

—Entónces os autorizo desde luego para que anuncieis á vuestros amos que me habeis conocido, y que al verme solo, en un país extraño, me habeis dicho que no tomarian á mal que fuese á visitarlos, razon por la cual iré mañana mismo á ponerme á sus órdenes.

—Así se hará.

El tío Picos-Pardos tenia que llevar el jarro á Meliton; y éste al irse á su casa, ya muy entrada la noche, iba por el camino murmurando:

—No, lo que es ella no disfrutará de esos recursos que envía Hernan Cortés á sus padres, y lo que es yo, haré que me paguen mis atrasos.

Al dia siguiente desempeñó la mision que le habia confiado Anton Perez.

CAPITULO V.

Muchas cosas en poco tiempo.

ANTON Perez fué à visitar á los padres de Hernan Cortés.

Recibiéronle éstos con cortesía pero sin afabilidad.

El aspiranté à clerigo notó desde el principio que su visita era molesta.

No tuvo más remedio que anticipar sus planes.

—Os habrá parecido extraño, les dijo, que sin título alguno para vuestro aprecio me haya presentado en vuestra casa.

No lo hubiera hecho, si no hubiera recibido el encargo de visitaros.

Esta declaracion sorprendió á los ancianos.

—¿Vos traéis el encargo de visitarnos?

—Sí; pero no he querido decirlo á nadie, porque en los pueblos todo se sabe, y la mision que he traido es muy delicada.

—Hablad por Dios, dijo doña Catalina; vais á darme alguna triste noticia.

—Al contrari .

—¿Se trata de nuestro hijo? preguntó don Martin.

—Sí; de él se trata.

—¿Vos le conoceis?

—No.

—¿Teneis noticias suyas?

—Sí.

—Hablad, hablad por Dios, dijeron á un tiempo los ancianos.

—Aunque algo perseguido por el gobernador de Cuba, dijo

Anton Perez, que fué quien le confió el mando de la expedicion en que se halla ocupado, la fortuna, al parecer, le es propicia y ha enviado á España á uno de sus capitanes, con una mision para el rey nuestro señor.

Se conoce que tiene más confianza que en el capitan en uno de los soldados que regresaban, y no teniendo tiempo para escribir á sus padres, puso en sus manos algunas joyas de oro de las muchas que se encuentran en aquellos países, con el encargo de que las vendiera á algun mercader en Sevilla y viniera á traerlos su importe.

El soldado cayó enfermo despues de haber realizado parte de la órden de su jefe.

Las joyas estaban vendidas, y en su bolsa el importe de ellas; pero no pudiendo él desempeñar el encargo por haber caido enfermo de gravedad, me lo ha confiado á mí, y tengo el placer de entregaros en nombre de vuestro hijo esta bolsa llena de oro.

—¡Dios le bendiga! exclamó doña Catalina.

—Perdonadnos, señor, dijo don Martin á Anton Perez, si no os hemos tratado con más cortesía.

Pero la alegría que experimentó al ver que nuestro hijo se acuerda de nosotros, al ver que con esos recursos podremos atender à nuestras necesidades, os demostrarán claramente que la tristeza y el desencanto han sido causa de nuestra descortesía.

Viendo la buena acogida que le dispensaban, quiso anticipar más los sucesos el paje del arzobispo de Búrgos.

La situacion en que estaba le sugirió una idea.

—El soldado, añadió, traia un encargo para la esposa de vuestro hijo.

—¿Dinero tambien? preguntó doña Catalina.

—No; sin duda conoció que estando á vuestro cargo nada le faltaria.

Pero nunca faltan entre esposos noticias que comunicarse, y yo, si me lo permitís, hasta haber tenido el gusto de hablar con

doña Catalina, reservaré las palabras que en nombre de su esposo me ha encargado el soldado que le diga.

—Sea en hora buena.

—Entonces me permitireis que la hable á solas.

—Con mucho gusto.

La madre de Hernan Cortés condujo á Anton Perez á la habitacion de Catalina, y despues de decirle el encargo que traía para ella, los dejó solos.

—Dicen que venís á hablarme en nombre de Hernan Cortés, le preguntó.

—No he recibido de él semejante mision, repuso Anton Perez.

Y le refirió la fábula que habia inventado.

—Es extraño, añadió Catalina, que no haya tenido tiempo de escribir á su esposa; que haya confiado un secreto, si lo es, á un soldado.

—No quisiera afigiros, dijo Anton Perez.

—Hablad.

—¿Me perdonareis si con mi franqueza os causo algun pesar?

—Más pesar me causais con ese misterio.

—Pues bien, señora; voy á confiaros un secreto y el motivo de mi visita á solas.

Hernan Cortés, vuestro marido, no ha enviado encargo alguno para vos.

Sólo para vuestros padres dió á ese soldado una cantidad, que acabo de entregarles.

Yo he conocido que si llegabais á saber que habia recordado á sus padres y se habia olvidado de vos, sufririais mucho, y he querido calmar vuestra ansiedad, vuestras dudas, revelándoos lo que de su propia cuenta me ha dicho el soldado.

Catalina no le contestó.

Sufria mucho.

—Vuestro esposo ha obtenido grandes triunfos. En el momento en que entregó esa cantidad al soldado para que la tra-

jese á vuestros padres, le faltaba tiempo para poder dedicaros un minuto siquiera.

—«Que no atribuya, pues, á falta de cariño, me ha dicho el soldado, este olvido.

«Cuando yo esté bueno, cuando yo pueda ir á verla, la probaré hasta la evidencia, que su esposo la ama con delirio y piensa á todas horas en ella y en su hijo.»

Al terminar estas palabras Anton Perez miró fijamente á Catalina, y vió que sus ojos estaban inundados de lágrimas.

—¿Sufrís? le dijo despues de una breve pausa.

—No, contestó Catalina, reponiéndose, no sufro.

—Haceis mal en ocultármelo. Ya veis que mi mision en la tierra es consolar á los que padecen.

Tengo derecho para penetrar en la conciencia de los seres humanos.

¿Importaria algo que delante de mí, que puedo ser, aunque indigno, representante de Dios en el mundo; importaria algo, repito, que exhaláseis las quejas de vuestro corazon?

Catalina miró entonces por la primera vez á Anton Perez, y su fisonomía angelical la engañó.

—Teneis razon, le dijo; pero no debeis extrañar mi reserva.

Vivo aislada; vivo léjos de lo que más quiero en el mundo.

He llegado á desconfiar de todos los que me rodean, y os he confundido á vos con los que me comprenden.

—¿Creeis que he hecho mal viniendo á veros?

—Al contrario.

—Debo tambien deciros que con ese soldado han venido dos capitanes, enviados por Hernan Cortés al emperador, y es muy posible que alguno de ellos os traiga carta suya.

Veo que esta esperanza os sonrie.

Bien, señora, bien; no os avergonceis de amar á vuestro esposo.

—¿Yo avergonzarme de eso? Al contrario: aunque me despreciase, aunque hubiese olvidado el sentimiento que estrechó

nuestras almas para siempre, aunque no recordase que su hijo vive de mis cuidados, le amaria, le amaria con delirio.

Esta declaracion alegró extremadamente á Anton Perez.

—Permitidme que me retire, la dijo, despues de dejaros más tranquila, y contad siempre conmigo como un verdadero amigo.

¡Quiera Dios que no necesite ser nunca confidente de vuestras desventuras!

Anton Perez se retiró; pero al despedirse de los padres de Hernan Cortés les anunció que todavía tardaria en marcharse algunos dias, para justificar las declaraciones que habia hecho de que el único objeto que le habia llevado á Medellin habia sido el restablecimiento de su salud.

Los recursos despertaron de nuevo la alegría en aquella casa, tanto tiempo triste y sombría.

Pero Catalina no alcanzó este supremo bien, porque á pesar de las declaraciones que habia hecho, la verdad era que sufría en extremo al ver que su esposo no habia pensado en ella.

Su pesar se agravó, porque su hijo, que estaba muy enfermizo, cayó de nuevo con una fiebre horrible, y puso en peligro su vida.

La situacion del niño obligó á hacer gastos extraordinarios á sus abuelos.

Meliton era el encargado de comprar las medicinas y de llamar al médico.

Como estaba enterado del secreto de Anton Perez, veia marcharse el dinero que habian recibido sus amos, y se desesperaba.

Un dia no pudo contenerse, y sin pensar en lo mucho que sufría Catalina y en la situacion grave del niño; estimulado por la embriaguez, se atrevió á tratarla mal.

Le echó en cara lo gravosa que era á los padres de su esposo, y en el calor del atercado la dijo:

—Haceis mal en estar aquí, porque ya sabeis que vuestro esposo no os quiere bien; y si habeis venido aquí, es porque no teneis donde caeris muerta.

Catalina se quejó á los padres de su esposo de la grosería del criado.

Los ancianos, que veian con pena aminorarse sus recursos y que estimaban verdaderamente á su antiguo servidor, si no le defendieron, al ménos no le culparon.

Desesperada al ver lo que le sucedia, tomó Catalina una resolucion violenta.

Una noche, sin pensar que exponia la vida de su hijo, cuando todos los habitantes de la casa se recogieron, salió con el niño.

—Imploraré la caridad, se dijo.

Y tomó el camino que conducia á Badajoz.

Poco despues supo Anton Perez la desaparicion de Catalina. Inmediatamente partió de Medellin.